



*10 Cuentos para
Comunicarnos mejor*

Jorge G. Maiocco

Índice

La cucaracha de doña Elvira.....	Pág. 2
Cuarenta y nueve.....	Pág. 4
Dos por Tres.....	Pág. 11
Dudas.....	Pág. 12
Un largo CBU.....	Pág. 17
Vos y Él.....	Pág. 19
Ni siquiera sé su nombre.....	Pág. 23
Urgencia.....	Pág. 26
La Paloma.....	Pág. 28
Treinta minutos.....	Pág. 31

Buenos Aires, Julio de 2013

Maiocco, Jorge Gustavo

10 Cuentos para comunicarnos mejor. - 1a ed. - Ciudad Autonoma de Buenos Aires : el autor, 2013.

E-Book.

ISBN 978-987-33-3660-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 29/07/2013

La cucaracha de doña Elvira

Ella dice que son muchas, pero en verdad es una sola la cucaracha que la desvela. Una sola pero con condiciones excelentes: veloz como pocas, muy buena de reflejos, lo que le permite gambetear los escobazos de doña Elvira mejor que muchos jugadores de nuestro fútbol, y con un desarrollo extraordinario del olfato con el cual percibe, donde se encuentren, los restos de comida más remotos y perdidos.

Con su velocidad increíble todo lo recorre, todo lo toca. Revisa cada uno de los rincones de la casa y si bien su especialidad es la cocina, también se aventura a ignotos parajes como el dormitorio, el comedor o el baño. Esto le permite tener opinión formada sobre todos los temas: por supuesto sobre comidas y sus infinitos sabores, desde el simple churrasco hasta todas las diferentes clases de pastas y sin olvidar los guisos en sus más variadas formas. Pero además sobre artículos de limpieza, sus archienemigos, sobre cuáles son realmente tóxicos, peligrosos y cuáles solamente le perfuman su camino haciendo más agradable su recorrido. Ni qué hablar de política, conoce perfectamente las épocas de vacas flacas y las de bonanza, los restos de comida las delatan (hubo momentos en que hasta las migas de pan faltaban y otros en que eran tantas las sobras que engordaba demasiado). Erudita en temas sentimentales también, el enamoramiento es un sentimiento que le depara grandes ventajas, ya que los enamorados están en otra, se olvidan de ser prolijos y limpios con la casa, desatención que fue muy bien aprovechada por ella y que dio vía libre a memorables noches.

Así es como su saber es inmenso y no deja de meter su nariz en todo. Quizás por ello será que doña Elvira la odia tanto. Poco a poco se fue obsesionando con su inquilina ilegal, compró todos y cada uno de los productos mata cucarachas que existen y nada dio

resultado, llegó al punto de esperar noches enteras para darle el golpe fatal, pero una y otra vez la diminuta sale victoriosa y logra salvar el pellejo.

Sin embargo, el que busca encuentra: una tarde de verano, luego de darse un banquete con los restos de unos mostacholes al pesto, sus preferidos, y ante el descuido de una irresistible siesta, doña Elvira logra consumar su venganza anhelada. Con un certero pisotón pone fin a su eterna rival y es que así tenía que ser, ya que en realidad, ella no admite competencia alguna.

CUARENTA Y NUEVE

Él, el Sol

Me desperté a las 7:28, dos minutos antes de que sonara el despertador, como últimamente me pasa. Y emprendí el camino más riesgoso que un humano puede hacer: ir de la cama al baño. Los músculos entumecidos y las neuronas todavía desconectadas hacen que uno, en ese trayecto, camine a los tumbos, sin coordinación. Pero llego a salvo esta vez y me instalo frente al espejo, para que mi imagen me dé los buenos días. Hoy es 16 de noviembre y es un buen momento para presentarme... ¿pero cómo hacerlo sin caer en lo que podríamos llamar una ficha de datos personales? Soy Bruno M. de 49 años de edad, de profesión fotógrafo, separado, con una hija: Nora de 26 años, y estoy saliendo hace tres meses con Dora, de 31 años de edad. Bueno, ya está, con esto es suficiente para empezar.

Hoy me toca trabajar en una escuela primaria, fotografiando a los alumnos. Tengo 170 entre el turno de la mañana y de la tarde. Me dirán que es una menuda tarea, sí, pero todavía me gusta lograr que un chico se sonría y capturar ese instante. En realidad la idea no es que salga sonriente a secas, sino conseguir la mejor expresión posible para ese rostro en ese momento. Ya sé, me dirán que eso es subjetivo, que es la mejor expresión según mí entender, y sí, yo estoy fotografiando y la mamá no está, y agregaría: por suerte no está.

La mañana transcurre sin novedades y al mediodía salgo en mi automóvil para ir a almorzar algo, tengo una hora para relajarme, y pensar tranquilo en mi cena de esta noche con Dora. Hoy cumplimos tres meses juntos y estoy pensando en que puede ser un buen día para decirle si quiere venir a vivir conmigo. ¿Estará esperando eso de mí?

La mente imprevisible de las mujeres es un atractivo extra, no caben dudas de ello. Por más hermosa que fuera una mujer, ¿no perdería atractivo si su razonamiento fuera lógico y previsible como, por lo general, es el nuestro? También es cierto que si fuera continuamente impredecible, ¿no terminaríamos por cansarnos, tildándola de histérica?

Estaba en estos razonamientos, cuando me percaté de que estoy en un atascamiento de tránsito desde hace varios minutos y no avanzamos, esta ciudad ya tiene demasiados autos... Pero ¿por qué será que la gente está mirando al cielo?, yo no veo nada extraño.

-Disculpá, me podés decir por qué todos miran hacia arriba – pregunto bajando la ventanilla.

-Trato de mirar el sol, se detuvo- me contesta desde un auto vecino.

-Sí, hace rato que el tránsito se detuvo-le digo.

- Además del tránsito, el que se detuvo es el sol, no se mueve.- me aclara.

Sin creer lo que me dice, prendo la radio y escucho: -¡Y es así como nos confirman desde el servicio meteorológico nacional que hace veinte minutos el sol se detuvo! ...

Ella, La Tierra

No, no puede ser tan bruto este periodista. ¿No sabe que no se mueve el sol, que es la Tierra la que gira sobre si misma, lo cual se denomina movimiento de rotación, produciendo el día y la noche y que el otro movimiento de la Tierra es el de translación, que es el movimiento alrededor del sol? Esto es de la escuela primaria ¿cómo es que no lo sabe? A ver qué siguen diciendo: -Conmoción en el mundo entero, amigos, la Tierra se detuvo hace 23 minutos....

Ahora es otra cosa, ahora sí, en verdad deberíamos ser más benévolos, no es fácil estar frente a un micrófono cuando surge un suceso de este tipo. Estas noticias conmocionan y ya sabemos que el ser humano puede decir o hacer cualquier cosa bajo esa circunstancia. Además hay otra cuestión que influye y es la siguiente: a veces lo

aparente, aunque sea falso, por el solo hecho de insistir cotidianamente, se nos termina imponiendo como verdadero.

El asunto es que la Tierra se declaró en paro y no gira más. Y motivos no le faltan, se cansó de nosotros, tanta polución, tanta contaminación de todo tipo, efecto invernadero mediante que la pobre se enojó, no gira más y estará pensando “arreglen esta si pueden, ustedes que se creen tan poderosos”.

Solo pensemos en este punto, a manera de ejemplo: las bolsitas de polietileno que usamos para todo desde hace unos años, en las compras del supermercado y en la de cualquier negocio, también para guardar y envolver lo que sea, y hasta para tirar la basura. Así es como hay millones y millones de bolsas en el mundo dando vuelta, que no se degradan sino después de cientos de años y hay cálculos que dicen que si las pusiéramos una al lado de la otra, cubrirían toda la superficie de la Tierra. A ver si a alguien se le ocurre embolsarla y llevársela.

Por fin el embotellamiento terminó y puedo llegar a mi pequeño restaurante. La gente parece desconcertada y al borde de la angustia. Yo debo ser de otro planeta, porque me siento bien y hasta excitado con la situación. El sólo pensar que en este momento millones y millones de personas estamos atentos a la misma noticia, me produce una sensación de hermandad que me parece única. Sólo un hecho de esta naturaleza y de la naturaleza lo podría provocar.

En la televisión del lugar veo a periodistas comentando la singular noticia hasta que aparece el cartel de último momento: ... ¡la Tierra vuelve a moverse!... Pienso: la huelga terrestre se levantó. Inmediatamente la TV agrega:... ¡Pero hay un problema, gira en sentido contrario al habitual, esta retrocediendo!

En sentido contrario

Ah, bueno, esta sí que no se la esperaba nadie. Ya que deje de girar era algo insólito, pero ahora que empiece a girar al revés... Momento, serenémonos por un instante, poder pensar en situaciones angustiantes es difícil, pero es lo necesario: ¿qué significa que gire al revés?

Debido al movimiento de rotación de la Tierra, el sol sale, desde hace millones de días, en oriente y se pone en occidente. En realidad esto es solo una convención para organizar los husos horarios de todo el mundo, pero en la práctica es así, el sol sale por lo que denominamos el este y se pone por el oeste. Bueno, a partir de ahora, y si no hay nuevas modificaciones, esto se invierte: va a salir por el oeste y se va poner por el este.

Si el cambio fuese solo éste no habría mayor complicación, no visualizo problema alguno ni peligro para la vida. Pero la gente parece que no piensa así, ya están hablando del fin del mundo y de la desaparición de la vida. Yo tengo la tendencia a ver siempre el vaso medio lleno y la mayoría de la gente me parece que siempre ve el vacío del vaso. ¿Será ingenuidad de mi parte o una manera de vivir más tranquilo y relajado? ¿Será el stress de la vida cotidiana lo que lleva a la gente a ser pesimistas por naturaleza? Más allá de cómo termine esto me parece más saludable mi postura, no tiene sentido vivir amargado.

El celular me saca de mis pensamientos, es mi hija, la cual parece estar en el otro grupo, tras diez minutos de charla logro, medianamente, serenarla. Otra vez el celular, esta vez es Dora y para mi sorpresa también está en el otro bando. Me parece que la naturaleza femenina es más temerosa o presiente cosas que nosotros no percibimos. Le propongo que la programada cena la realicemos en la costanera, así podemos observar lo que nunca pudimos: ver la puesta del sol sobre nuestro río, con el mismo encanto, seguramente, de las puestas de sol que vimos en Colonia, Uruguay, y que ahora dejarán de existir. Esto parece serenarla.

Dora

Ya de vuelta en mi departamento, y antes de partir para la programada cena, mi pensamiento se centra en Dora.

¿Por qué estoy saliendo con ella? Nunca es fácil la respuesta a semejante pregunta. No hay duda de que la pareja de uno es, en alguna medida, un derivado del primer gran amor que tuvimos, nuestra madre o nuestro padre. Pero más allá de esto, ¿qué me atrae? ¿Será porque en ella se da cierta armonía física, es decir un cuerpo proporcionado: ni muy flaco, ni muy gordo, ni muy alto, ni muy bajo y fundamentalmente con curvas? Es mi ideal de belleza y seguramente cada uno tendrá el suyo, también es cierto que cada cultura tiene cierto estereotipo propio. ¿O será cierta armonía mental la que me seduce, la forma de ser, la personalidad y la comunicación perfecta que se da con ella, que puede llevarnos a estar comunicados sin decir una palabra, con sólo mirarnos a los ojos? ¿No será esto lo que nos fascina del otro, el antiguo y famoso flechazo, y después nos parece que su cuerpo es el más lindo que existe, aunque objetivamente no sea así? Mente y cuerpo, siempre intentando separar lo que está firmemente unido. La mente obsesiva hace lo suyo.

Los restaurantes de la costanera están repletos. Después de todo no soy el único al que se le ocurrió presenciar este espectáculo nuevo, que por primera vez se da.

Mientras nos dirigimos a nuestra mesa, vuelve a mi cabeza otra cuestión: ella 31 años y yo 49. Dieciocho benditos años de diferencia que no se todavía si nos unen más o tienden a separarnos. Mi hija de 26 años y mi pareja de 31, demasiada poca diferencia para no interpretar que lo mío es una relación cuasi incestuosa. Pero basta de interpretaciones silvestres, no las comparto. Dora no es Nora, tiene una letra diferente y eso es suficiente.

La cena transcurre como lo habíamos pensado, el río calmo, poco viento y el sol que cae lentamente. El vino nos alegra y nos hace olvidar poco a poco el inquietante día vivido.

La puesta de sol hace pensar que estamos en ese lugar por primera vez, todo parece nuevo y eso predispone mejor. Estamos en este idílico estado cuando una pareja ocupa una mesa cerca de la nuestra, y él le comenta a ella: “ya no envejecemos, estamos rejuveneciendo”.

Hacia la Juventud.

Sí, la última gran noticia es que al cambiar el sentido en que gira la Tierra, no se sabe bien por qué mecanismo, se ha cambiado también el sentido de nuestra vida: en vez de envejecer estamos lentamente desandando nuestro camino biológico, estamos rejuveneciendo. Sí, señoras y señores, lo que no pudo la medicina, a través de años de estudios y cientos de medicamentos, ni la cirugía estética, lo ha logrado nuestra bendita Tierra. Nos dirigimos a nuestro nacimiento. Volver a ser joven teniendo toda la experiencia de supongamos setenta años de vida, es el sueño deseado por todos. Físicamente jóvenes y con sabiduría. Que loco se está poniendo todo esto. Es decir que yo tendría como máximo, sin considerar accidentes y /o enfermedades, 49 años de vida por delante, pero mi hija solo 26.

Esto cambia la expectativa habitual de que los padres mueren antes que los hijos. Esto es horrible. La perplejidad y la angustia se apoderó de la gente y ahora también de mí. Quizás por primera vez estoy viendo el vacío del vaso, es que ese vacío es ya más de la mitad del vaso.

La sociedad científica del mundo se ha unido para ver si hay alguna solución. Ahora los poderosos se lamentan de no haberle prestado atención a los ecologistas. Si no estuviéramos en el mismo barco me alegraría de la lección que están recibiendo. Pero todo pasó de ser algo novedoso y excitante a ser decididamente siniestro.

Al día siguiente llega la noticia de que se constató que los embarazos retroceden, los recién nacidos dejan de vivir y que los mayores que estaban cerca de la muerte, mejoran. Pero junto a estas noticias terribles llega otra y esta, quizás, es la peor de todas: no sólo el ser humano rejuvenece biológicamente, sino todos los seres vivos también, o sea los vegetales no crecen sino que se achican, como así también los animales que nos sirven de alimento. Por lo tanto, me pregunto: ¿Por cuánto tiempo más la humanidad tendrá algo para comer?

El Fin...

La situación se torna desesperante, la gente sale angustiada a los supermercados a comprar todo tipo de alimentos. Si en condiciones normales ya tenemos tendencia al egoísmo, ahora se ha potenciado mucho más.

Dicen que hay alimentos para un largo tiempo, que se han cosechado todos los vegetales antes que sigan reduciendo de tamaño y de peso, que se han faenado los animales comestibles y se han refrigerado. Que se trabaja aceleradamente en conseguir alimentos sintéticos. Pocos creen en esos anuncios.

Para colmo anuncian que la velocidad de rotación de la Tierra se aceleró, con lo cual el día de hoy va a durar 20 horas. Nora y Dora se han serenado. Yo en cambio, desde hace unas horas me siento deprimido, pesimista y por primera vez en mi vida, desbordado.

Para alguien con personalidad obsesiva, no poder tener bajo control las variables más básicas de la vida es grave. Además este sonido que comencé a sentir dentro de mi cabeza, me esta aturdiendo más y más a cada instante. No sé qué me pasa, es un timbre que aumenta poco a poco su volumen. No lo puedo resistir, mi cabeza parece que va a estallar, desesperadamente corro hacia el balcón y sin pensar salto al vacío. Caigo y en mi caída cierro los ojos y sigo cayendo, hasta que se estremece todo mi cuerpo...

El estremecimiento de mi cuerpo me revuelve en la cama, abro los ojos y aturdido por el despertador, miro la hora: las 7 y 45 minutos. Mi reloj me da la fecha, 16 de noviembre y una carcajada de alivio suena fuerte en mi habitación.

Y sí..., mañana cumplo cincuenta.

Dos por Tres

El colectivo de la línea 3 nos zarandea, frena y acelera, para adelante y para atrás. Eso nos lleva a tomarnos de la mano, estamos de pie y nos sostenemos mutuamente. Los dos sabemos a dónde vamos y para qué. Mi hermano me había dado el lugar y además el consejo de que mejor ella fuera con una amiga. Pero el problema lo hicimos juntos y los dos tenemos que solucionarlo; además, la quiero.

Vamos en silencio, pensando en el laberinto en que nos metimos. Ambos con veinte años, recién empezamos a vivir, que primero el primario, que después el secundario. ¿Cuándo realmente tomamos la manija de nuestras vidas?... Hace solo dos años comenzamos a elegir qué queremos y cómo lo queremos y ya aparece un “tercero” entre nosotros...

No puedo ahora y sobre todo no quiero.

Tampoco quiero hacer lo que vamos a hacer...

El colectivo para y nos bajamos. Dicen que de los laberintos se sale por arriba, pero a este le pusieron techo.

Caminamos las cuadras que faltan y pareciera que nos alejamos en vez de acercarnos a nuestro destino, como esas tomas cinematográficas donde el protagonista corre, corre y sin embargo lo que está adelante se aleja.

Pero finalmente llegamos a la dirección señalada y no me despierto, porque lamentablemente este no es un sueño. Antes de entrar, ella se para frente a mí, me mira con sus ojos color miel increíblemente bellos y me dice:

-¿tomamos un café?

DUDAS

Mis vacaciones se terminan. Lamentable momento. Después de quince días de descanso por la costa de Uruguay, ha llegado el momento del regreso. Estoy con mi mujer en mi pequeño velero de veinte pies en Colonia y tengo que pasar por prefectura uruguaya para los trámites aduaneros de rigor.

-Sus datos, por favor- me dice el prefecto.

-Sí, cómo no, Raúl Miconos, 34 años, mi mujer es Brisa Verdi de 33 y la embarcación se llama "Avanti".

-Muy bien, mire que hay posibilidad de chaparrones para mañana. Antes de partir, llame para averiguar el pronóstico.

-Bueno, eso haré- le contesto, recordando esa sana costumbre de la prefectura uruguaya de cerrar el puerto y no permitir la salida si las condiciones meteorológicas no son propicias.

Ya había verificado el pronóstico en Internet, como hago siempre que cruzo el río: "Vientos leves del este, con probabilidad de chaparrones aislados". No está mal, el viento del este es muy bueno para ir a Buenos Aires ya que con ese rumbo el viento es de popa. Lo de chaparrones aislados no es lo mejor, siempre es mejor el cielo despejado; pero mientras no pasen de ser aislados, no implica tormentas complicadas. Hace cinco años que navego y trato de hacerlo con buen pronóstico por una cuestión de tranquilidad.

A la mañana siguiente el cielo está apenas nublado.

Al comunicarnos con prefectura avisando la partida, nos dan el ok. y nos desean buena navegación. Pienso: que así sea.

Partimos con viento en popa como se preveía y ponemos las dos velas, la mayor y el foque, lo cual nos permite avanzar a una velocidad de cinco nudos. Siendo la distancia a

Buenos Aires de más o menos veinticinco millas, en cinco horas estaremos frente a la ciudad y como partimos a las 10 llegaríamos a las 15 horas.

-¿Qué te parece, querida?

-Que son sólo cálculos y el futuro sabés, no se puede prever- me contesta.

Y tiene razón, me gusta hacer cálculos y predicciones y en realidad no puedo dejar de hacerlos, no sé si es por mi profesión de ingeniero o por la necesidad de manejar y controlar lo azaroso que tiene la navegación a vela. O por las dos cosas. Esta navegación depende de una variable tan impredecible como es el viento, que puede cambiar tanto de dirección como de intensidad varias veces al día, por lo que mis cálculos, en general, son efímeros.

Pero a las 11 estamos cruzando el canal uruguayo, dejando atrás las islas San Gabriel y Farallón. Está nublado, pero aparece por instantes el sol.

Lo único negativo es que no se ve la ciudad de Bs. As. y desde aquí, normalmente, ya se ven los edificios más altos.

-¿Me alcanzás la radio que quiero saber cómo está la ciudad?

Al prenderla no encuentro más que música y comentarios políticos. Estaba por apagarla cuando aparece la realidad climática:

- Lluvia en la ciudad, pero una oyente de Monte Grande nos avisa que allí hay sol.

Caramba, lluvia y sol a pocos kilómetros de un lugar al otro. Pienso otra vez en los chaparrones aislados.

Sigo siempre viento en popa y con cielo apenas nublado. Al rato, nuevamente la radio:

- Diluvia como hace mucho tiempo no sucedía.

-¿Escuchaste que diluvia en la ciudad?- le participo a mi mujer, que está en la cabina.

-Sí, ¿no eran chaparrones aislados? Me parece que tus pronósticos y cálculos empiezan a fallar, querido.

No me preocupa tanto ese comentario burlón, como lo que comienzo a ver delante de mí: un telón negro, es decir una tormenta, se está desplegando frente a nosotros desde el norte hasta el sur y avanzando desde el oeste hacia el este, o sea directo a nuestra

posición.

-Tenemos conexión con el servicio meteorológico, adelante- la radio aparece en escena otra vez.

-Sí, hemos emitido a las 10,30 este alerta meteorológico: Tormentas y lluvias intensas, para Capital Federal, norte de la provincia de Buenos Aires y el Río de la Plata.

-Pero la puta madre, como puede aparecer semejante tormenta así, imprevistamente- Brisa sale apresurada para ver el motivo de mi insulto y por un instante se queda muda mirando el cielo. Estoy a diez millas de Colonia y a quince de Buenos Aires, prácticamente en la mitad del río y no puedo creer lo que estoy viendo: un frente de nubes tan bien alineado, tan oscuro, que me hace subir las pulsaciones como nunca antes.

-¿Y ahora qué hacemos?- plantea ella.

-No podemos enfrentar semejante tormenta, después de todo estamos más cerca de Colonia. Demos la vuelta, bajame el foque mientras yo prendo el motor.

Con la vela mayor y el motor volvemos a una velocidad de tres nudos .El viento y el oleaje lo tenemos,

ahora, en contra y nos frena bastante. Sin embargo parece que nos alejamos de la tormenta.

-¿Escuchaste en la radio si es sólo lluvia o si viene también con viento?-pregunto.

-Recién hablaban de un árbol que cayó y aplastó un automóvil.

Entonces estamos haciendo lo correcto.

-¿Aviso por radio que “Avanti” retrocede a Colonia?-pregunta Brisa.

-“Avanti” nunca retrocede, carajo...Solo cambiamos de rumbo...Mejor no avises nada.

Después de un buen rato del cambio de rumbo mantenemos la distancia con el “telón de fondo” que nos persigue.

-Acá hay olor a nafta- señala Brisa desde el interior del barco.

-No puede ser- digo fastidiado. Sin embargo levanto la tapa del compartimiento donde está el tanque de combustible y veo lo que no quería ver: la nafta esparcida por todo el

lugar. Levanto el tanque y encuentro la pinchadura. No me queda más que un litro utilizable.

-¡Ahora tiene que pasar esto! En cinco años nunca ¿justo ahora?- grito. Lo que me callo es cierta máxima de la náutica que me viene a la mente que dice que para que se produzca una desgracia deben juntarse tres o más elementos negativos. Nosotros ya tenemos dos.

Estamos a sólo siete millas de Colonia y se nos acabó la nafta. Subo la vela de proa para poder avanzar mejor, pero el viento y el oleaje en contra hacen que nuestra velocidad sea de dos nudos, y la tormenta ahora sí se acerca. Por primera vez desde que navego no sé qué hacer, veo la ciudad de Colonia, allí, tan cerca que daría cualquier cosa por estar en el puerto a salvo. A ver, pensá con tranquilidad, me digo a mí mismo, estoy a siete millas de Colonia, pero para ir tengo viento y oleaje en contra y estoy a dieciocho de Buenos Aires con viento a favor, pero la tormenta en el camino. ¿Qué hago?

No, no me puede agarrar el mal tiempo entrando a Colonia con las islas y piedras que hay en toda esa zona y además sin motor. Sería un peligro doble.

-Cambiamos rumbo, vamos a Buenos Aires. ayudame a poner el tormentín que yo le tomo las manos de rizos a la mayor para achicar la vela.- le señalo a Brisa.

Terminamos de acomodar las velas y le apunto a la tormenta cuando pienso, otra vez, que es una locura, no tiene sentido enfrentarla, cuando estamos tan cerca de Colonia. Cambio nuevamente el rumbo sin decirle a ella y las lágrimas me corren por la cara angustiado por no poder tomar una decisión. Me siento un chico que se ha perdido en una gran ciudad y no sabe qué rumbo tomar ni en quién confiar, siento que el río me ha atrapado, que me tiene inerte, a su merced, como si este gran amigo de golpe se hubiera enemistado y hubiese soltado mi mano, entrando en un laberinto de dudas y temores, que me llevarán a estar todo el día luchando con la tormenta y sin decidir qué hacer.

-¿Pero por qué no podés tomar una decisión?- me pregunta Brisa.

-No sé...No sé qué me pasa. Siempre ante una elección hay una de las dos posibilidades que es mejor que la otra, que es más conveniente, pero en este caso me parecen que

están empatadas, que ninguna le saca ventaja a la otra, cada una con sus pros y contras, como si estuvieran en un perfecto equilibrio.

-No creo que sean tan iguales. Lo que me parece es que llegaste a tu límite, a un límite que vos mismo te pusiste, que son las tormentas. Nunca las enfrentaste, por seguridad las

evitaste siempre. Pero esta vez, prácticamente, no hay otro camino, tenés que atravesar ese límite. En su momento fue el primer cruce del río y lo lograste, ahora te toca éste.-
me señala, como si fuese una psicóloga.

Una Brisa me sacudió y no es la del viento. Muevo la caña del timón y el rumbo cambia otra vez a Buenos Aires, hacia la tormenta, en pocos minutos la cortina de lluvia nos alcanza, nos lava la cara y siento, por fin, un gran alivio.

Un largo CBU

Llego al banco con los minutos contados para hacer una transferencia por el cajero automático. Debo hacerla rápidamente ya que me esperan en mi trabajo y tengo cuarenta minutos en colectivo para llegar a él.

¿Cómo puede ser que el cbu tenga veintidós números? ¿No pueden hacer algo más simple, como por ejemplo, poner nombre y apellido y el número de documento?

Por suerte el cajero está libre. A ver, empecemos, tengo que poner los veintidós números y los voy a separar en pares para no olvidarme ninguno, 10 24 31... Estoy en esta difícil tarea cuando escucho detrás de mí:

-Señor, ¿no sabe que no se puede entrar al banco con un animal? – le señala el custodio privado a un señor que detrás mío, espera por el cajero con un perrito. Pero será posible, ya me distrajeron y me comí un número. Empiezo de vuelta 10 24 31...

- Si no se puede venir con animales, entonces, ¿cómo lo dejaron entrar a usted?- le responde desafiante el señor del perrito. Un murmullo se escucha en la sala del banco y pienso que esto no va a terminar bien. Lo peor del caso es que me volví a equivocar ¡carajo! tengo que comenzar nuevamente 10 24 31 48...

- ¿Quién se cree que es usted para decirme animal a mí?- le responde el custodio levantando la voz y acercándose a su rival.

-¡Soy un viejo cliente de este banco, siempre vine con mi perro y no me voy a ir sin usar el cajero!-

Una mujer que también hace la cola da su opinión:

-Habría que denunciarlo a la Sociedad protectora de animales, es una discriminación que no le permitan la entrada con su mascota.

No te distraigas, no te distraigas, me digo a mí mismo tratando de mantener la

concentración, me faltan solo dos pares de números y completas el bendito cbu. -A mi nadie me desobedece- dice el custodio tomándolo del brazo para sacarlo del banco. En ese instante el perro, que está sujeto con una larga correa, comienza a ladrar y a correr en círculos de tal manera que enlaza a su dueño, al custodio y a mí, formando un ramillete frenético de brazos y piernas que forcejean inútilmente. El resto de la gente se divide en dos bandos: uno a favor del custodio y otro en contra generalizando la discusión y el griterío. Yo, en silencio, estiro la mano en un increíble esfuerzo sobrehumano y con la punta del dedo llego a marcar el último número del largo cbu. Ya nada me importa, la felicidad me invade, veo en la pantalla del cajero: “transferencia completada”.

Vos y Él

Hoy les voy a presentar una increíble historia, pero antes de continuar quiero advertirles que es fuerte y puede herir a personas muy sensibles. Si es este su caso, le sugiero que se abstenga de leerlo.

Es como les decía, la increíble historia de dos hermanos: Vos y Él. Aunque parezca mentira, esos son sus nombres. Pero lo más sorprendente no es eso, sino la jugada que la naturaleza les tenía reservada, ya que con ellos se ensaño burlonamente como pocas veces. Que nazcan gemelos “pegados” compartiendo alguna parte del cuerpo no es habitual, pero mucho menos lo es, que la parte que compartan fuese su miembro viril. Dos seres con todos sus órganos sanamente desarrollados y conformados, pero unidos y compartiendo un solo falo.

Ninguna ecografía había vislumbrado la anomalía que presentaban los pequeños. Una fortuita cesárea impidió tironeos fatales para el miembro único. Después de comprobar la asombrosa conexión, se sucedieron las consultas médicas para dar con una solución al caso.

Al final la mayoritaria opinión fue que una cirugía que posibilitara la separación, no era recomendada, ya que no garantizaba resultados satisfactorios para la futura sexualidad de los pequeños. Posiblemente en el futuro, en diez o quince años, la ciencia brindaría mejores soluciones para estos siameses. Quizás la manera más gráfica de representar la penosa situación con el miembro compartido sea pensar en la letra Y.

Planteada la situación en estos términos, los padres se dispusieron a la crianza con esta singular dificultad. Pero si por un lado, a veces, la naturaleza te complica la existencia, por otro también te brinda soluciones: el hecho de que la mujer tenga dos pechos brindó una posición muy ventajosa para la alimentación de los bebés, permitiendo la misma sin estiramientos dolorosos.

Con el pasar de los meses y con la creciente movilidad de Vos y Él, se vieron en la obligación de sujetarlos por la cintura con un arnés especialmente fabricado, que evitara

una separación involuntaria y traumática. No obstante los cuidados brindados, los inevitables tironeos accidentales, fueron otorgando al miembro en cuestión de una elasticidad sorprendente, que con el transcurrir de tiempo les permitió caminar uno al lado del otro sin complicaciones. También el hecho de poder sentarse de la misma manera y no enfrentados, les permitió una apertura al mundo casi normal, evitando el peligroso ensimismamiento que produce el vivir uno enfrente del otro.

La escolaridad les brindó un desarrollo mental e intelectual que fue normal dentro de su anormalidad, el lamentable hecho de tener que pasar juntos al frente a dar lección, los obligaba a estudiar muy bien a los dos, porque los maestros y profesores al llamar a uno aprovechaban para preguntarle al otro. Es así como se fueron criando, y a la vez desarrollando una interacción entre ellos de mutua cooperación y por ende de gran dependencia entre sí. Vivir siempre junto a otro implica obligatoriamente tener que resolver los deseos encontrados y las desavenencias, pero al mismo tiempo fortalecerse con la compañía y la opinión del otro.

Por ejemplo, en la actividad deportiva tuvieron ciertas dificultades propias de su situación especial. Sin embargo lograron un buen desempeño en el tenis, lógicamente jugando en dobles. Vos era diestro y Él zurdo, con lo que lograban una perfecta complementación. Era un espectáculo verlos como hacían juntos el saque, aunque, claro está, uno solo le pegaba a la pelota. Por supuesto que aquí el arnés que los sujetaba jugaba un papel decisivo en el juego y en su salud física.

También sus personalidades se complementaban en varios aspectos. Vos era locuaz, extrovertido, muy simpático y seguro de si mismo, en cambio Él era lo opuesto: introvertido, retraído y de pocas palabras. Sin embargo congeniaban, y a decir verdad no le quedaba otra opción. Ambos, como todos los siameses, sufrían por lo quizás era una de las limitaciones más dolorosas: la imposibilidad de la soledad. Poder estar solo con uno mismo, sin la presencia permanente del otro, tal vez para pensar tranquilo o para llorar o para reír. A uno le parece terrible esta falta, pero ¿Habría sido vivido

así por ellos? ¿Puede alguien tener conciencia y añoranza de lo que nunca experimento? Imposible dar respuesta a estos interrogantes. Por lo pronto, lo que si comenzó a inquietarlos no fue la falta de soledad, sino una presencia, la presencia de las mujeres. El despertar sexual en la pubertad fue un mundo que se les abría y una nueva dificultad que se les anunciaba. Sin embargo, pese a las dudas y temores que los dos tenían en un principio, antes de cumplir los quince años se les dio la posibilidad de su iniciación sexual. No solo a ellos le resulto satisfactoria la experiencia, sino sobre todo a ella, que nunca se sintió tan acariciada y besada como en esa oportunidad, en la que ellos, risueñamente, pasaron a denominar la posición sándwich.

Entre las chicas del colegio y del club que ellos asistían, se fue corriendo la voz de lo agradable de esta especie de ménaje á trois, lo que llevo a nuestros protagonistas a tener cierta fama y a estar muy solicitados.

Pero es a partir de este momento en que comienza, lo que podríamos llamar el desenlace de nuestra historia. El despertar sexual de la adolescencia trajo consigo otro fuerte sentimiento: el amor y el enamoramiento. Primero fue Vos y después Él, ambos formaron idílicas parejas con sus respectivas chicas y como era de esperar, ninguno de los dos quería que el otro, tocara siquiera, a su novia. Con esta premisa era imposible hacer el amor. En ambos había nacido la necesidad imperiosa de la privacidad. Este dúo hasta ahora complementado y dependiente entre sí, se resquebrajó.

Así volvieron a nuevas consultas médicas para lograr, vía cirugía, la definitiva separación. Pero el amor no entiende de esperas. Cansados de las dudas médicas y ante el requerimiento de sus parejas y de sus propios sentimientos, pasó lo que nunca debió pasar. Un día decidieron, sí o sí separarse, así fue como tras diecisiete años juntos, se sacaron el arnés de protección con la firme intención de correr cada uno para un lado diferente y que sea lo que el destino quisiera. Seguro que en sus mentes estaba el infantil recuerdo del hueso del pollo con forma de Y, que de niños jugaban, tirando cada

uno de un lado para ver quien se quedaba con el nudo. Luego de mirarse a los ojos con una inusitada furia, se dieron vuelta y arremetieron por caminos diferentes, pensando íntimamente en la liberación y en romper esa ya inútil cadena, que por tanto tiempo, los sujetó.

Quiso el destino, que ante dos fuerzas tan iguales, esta vez el “nudo del hueso del pollo” saltara por el aire y ninguno de los dos se quedara con él.

Así fue como rompieron su segundo “cordón umbilical” y comenzaron a partir de allí una nueva vida.

Ni siquiera sé su nombre

Faltan cuatro millas para la estación de servicio del Automóvil Club del río Luján, parada necesaria para cargar nafta, mi velero no puede desplegar las velas en el delta, los altos árboles de las orillas hacen imposible cualquier mínima brisa. Sólo el motor fuera de borda nos permite avanzar ¿Nos alcanzará la nafta para llegar? Quién lo puede saber, nos queda sólo un litro.

Prendo mi gps para saber que distancia nos falta, es increíble como se nos impone la tecnología, durante miles de años el hombre recorrió los mares y los continentes sin su ayuda y ahora parece que no podemos ir a la esquina sin consultarlo. El aparato me señala que estamos a tres millas. Alicia mi mujer, Roberto mi hermano y Cecilia su pareja, están tensos por la situación. Se podrá decir que fue una imprevisión de mi parte no llevar combustible en exceso, puede ser, sin embargo el consumo de un fuera de borda es muy variable; si la corriente es a favor es uno, si la corriente es en contra es otro y por supuesto que también influye si hay viento o si no lo hay. Preveer todas las posibles contingencias, controlar cada una de las variables hace una vida más segura, pero también más aburrida, porque nada nos pasa y nada nuevo aprendemos.

Ahora estamos a dos millas y el motor sigue funcionando, los cruceros y las lanchas pasan al doble o al triple de mi velocidad, haciendo un oleaje que nos sacude sin cesar, parece que la solidaridad náutica se esta perdiendo, son pocos lo que aminoran su marcha al sobrepasar a otra embarcación más lenta para no tirarla contra la costa. Pobres los remeros que en sus pequeños botes llevan la peor parte, parecen eximios equilibristas luchando en un mar embravecido. Es la prepotencia del tamaño, cuanto más grande es la embarcación se es más desaprensivo.

Si señor, estamos a una milla de nuestra, a esta altura, famosa estación surtidora de combustible, mil ochocientos metros nos separan de ella, no quiero ni mirar el tanque de nafta porque ver lo poco que queda, nos va a poner más nerviosos. Repaso mentalmente

las opciones que tengo si se apaga el motor y quedamos a la deriva: una es fondear con el ancla para que el oleaje no nos tire sobre la costa y esperar que alguna embarcación nos remolque o sino, puedo directamente, sin fondear darle el cabo a la primera que pase para que nos acerque al surtidor. Veremos que es lo que pasa.

Llegamos al último recodo del río y ya vemos la estación a trescientos metros, la sonrisa se dibuja en nuestros rostros, cuando repentinamente el motor comienza a toser. ¿Pero será posible que a tan poca distancia se acabe la nafta? El motor sigue funcionando pero la tos se hace más frecuente y finalmente se apaga. Estamos a cien metros y el envión no nos alcanza para llegar. No tiene sentido tirar el fondeo estando tan cerca y viendo, además, que detrás de nosotros se aproxima una lancha. Le hago señas para que se acerque, mientras Alicia en proa, prepara el cabo. Le pido que nos remolque y accede gustoso, mientras siento que la solidaridad sigue existiendo.

En la lancha vienen una pareja, el hombre al timón y la mujer en la popa, la cual, recibe el cabo que Alicia le alcanza, al verla con el cabo en la mano pienso que está todo solucionado, sin embargo, como si el destino nos quisiera jugar una mala pasada, la mujer se demora en atarlo a la cornamusa de su lancha y en ese mismo instante el hombre acelera, el peso de mi barco es demasiado para que ella pueda retener el cabo en sus manos y lo suelta. Simultáneamente pasa un crucero, en sentido contrario al nuestro, provocando un gran oleaje que nos aleja de la lancha y nos tira contra la costa, al mirar hacia ésta, descubro un alto paredón de piedra y en su base grandes rocas y hierros que asoman en la superficie.

No puedo creer lo que nos está pasando, perder mi barco destrozado en esas piedras y en ese muro en un instante fatal parece la peor de las pesadillas. En tanto en el borde del muro una familia sentada en sus reposeras, toma mate y ve azorada el espectáculo gratuito que les ofrecemos. Nuestras ocho manos intentan separar el velero del muro de piedra durante unos segundos interminables, pensando en las fatales averías que puede sufrir el casco de plástico, cuando veo que la lancha vuelve a acercarse, a riesgo de que ella también, quede presa de las piedras.

Esta vez la mujer sujeta el cabo en su lancha y lentamente, con su motor en reversa, nos vamos alejando de nuestro muro de los lamentos.

En menos de un minuto y sin tiempo para recuperarnos llegamos a nuestro destino. Sin detenerse, la lancha suelta el cabo de remolque y sin dificultad nos sujetamos a los palos de la estación de servicio. Cuando vuelvo a mirarla ya está lejos, levanto la mano en un gesto de despedida, de agradecimiento y me doy cuenta que ni siquiera sé su nombre.

Urgencia

Él manejaba su automóvil lo más rápido posible, ella se retorció en el asiento del acompañante. – No aguanto más, me voy hacer pis encima – dijo la mujer.

- Faltan solo diez kilómetros para la próxima estación de servicio- le contestó él.

- No, no, pará cerca de ese árbol – exigió ella

- Bueno, pero te voy a pedir un turno con el médico, no puede ser que en dos horas tengas incontenibles ganas de hacer pis – le señaló y paró en la banquina de la ruta en pleno día.

La mujer bajó presurosa y se dirigió a un árbol para intentar ocultarse de las miradas indiscretas. Batió el record mundial en bajarse las calzas que tenía y en un minuto su cara fue otra. Pasó de la angustia a la relajación.

Él se sobresaltó al escuchar su grito.- ¿Qué pasa? – preguntó.

- No, es que apareció una gallina y me asustó- dijo la mujer.

La gallina miraba fijamente a esa mujer cómo descargaba su vejiga y le dijo:

- ¿Quién se cree que es usted para tirar sus desechos en mi campo?-

La mujer lanzó otro grito, pero él ya no se preocupó.

Ella miraba incrédula a esa gallina que le habló en su idioma y tan claramente.

- Tú me hablaste o yo lo soñé- atinó a responderle.

- Por supuesto que fui yo, ¿no sabe que el programa de educación para todos también llegó acá?– le espetó la gallina.

La mujer sintió que le bajaba la presión y estuvo a punto de desmayarse.

-Tranquila, tranquila, por esta vez no voy a hacer la denuncia, pero tiene que comprender que no puede hacer sus necesidades en cualquier lugar. Mire ese pasto que regó con su pis, en un rato va a estar seco e inútil. Ni hablar de las lombrices que tenía

esa tierra y que eran mi alimento. Ya deben estar huyendo tierra adentro y no las puedo alcanzar ni con una excavadora- le sermoneó la gallina.

- Discúlpeme..., no pensé en todas estas molestias que ocasionaba. Mi necesidad era imperiosa y no llegaba a la estación más próxima- atinó la mujer a modo de defensa.

-Dígame, semejante automóvil y no tiene algún dispositivo para atender estas impostergables necesidades. Tiene radio, disquetera, gps, encendedor, calefacción, aire acondicionado, algunos tienen hasta un bar y nada para las más básicas urgencias- le señaló la gallina.

- La verdad..., tiene razón- subiéndose las calzas le reconoció la todavía asustada mujer.

-Bueno, la dejo...Y recuerde estas reflexiones la próxima vez que coma un huevo- terminó la gallina guiñándole un ojo.

La mujer se dirigió al automóvil tambaleándose un poco y lanzó un largo suspiro al subirse.

- ¡Cuánto tardaste!- dijo él.

-No me vas a creer, pero te juro que estuve dialogando con esa gallina.- dijo atónita la mujer.

Él la miró incrédulo y pensó que iba a tener que pedir para su mujer, dos turnos en vez de uno.

La Paloma

Solamente diez kilómetros me separan de La Paloma, mi balneario de aquellas vacaciones, diez kilómetros y cuarenta años para ser más preciso. No puedo creer que haya transcurrido tanto tiempo sin haber regresado. Ahora, desde el ómnibus, veo el campo con sus pequeñas lomas y me parece tan familiar. No debería ser así, después de todo estuve aquí solo un mes de mi vida, pero tal vez un mes a los catorce años de edad sea mucho más que treinta días. Un impulso inexplicable me lleva a ver que queda de aquella época.

El ómnibus llega a la terminal y empezamos mal, está totalmente nueva, casi flamante. A no desesperar me digo, primero buscaré un hotel y después a recorrer.

Al rato ya estoy instalado, conseguí un hotel bueno y simple, suficiente para este regreso a mi adolescencia que durará veinticuatro horas.

La avenida principal se conserva como en aquella época, ancha con su bulevar en el medio, con casas y negocios bajos, sin edificios, casi sin árboles y al fondo, antes de terminar en el mar: el faro. ¡Qué bien me siento estando acá! ¿Será cierto que los lugares nos transportan a las edades en las cuales estuvimos? Sentirme un pibe..., cuarenta años es mucho, toda una vida..., carajo, toda mi vida.

Al fin la encuentro, la pequeña quinta que alquilamos se mantiene igual, el chalet, el jardín, los árboles..., sin embargo el paso de los años ha dejado su huella. Las cosas mantienen su esencia, como las personas. ¿Acaso uno no sigue siendo el mismo a través del tiempo?... en verdad uno no es el mismo, solo los recuerdos nos integran.

La casa de ella estaba a cuatro cuadras de la mía. Ella se llamaba Soledad. Si no recuerdo mal mi primera chica. No sé si fue la primera, pero sí que me sacudió... ¿Por

qué habrá sido? Bueno a los catorce años cualquier chica te puede impactar... Si esa es la palabra, me impactó y en realidad sé la razón..., ella me encaró a mí. Sí, aunque resulte raro, teniendo mi misma edad, manejando un jeep, acompañada de unos amigos y amigas, se me acercó y me preguntó si quería dar una vuelta con ellos... Mis hermanos se quedaron con la boca abierta cuando me vieron pasar en el jeep.

Llego a su casa frente al mar... ¿Será de ella todavía?... Tocar el timbre después de tanto tiempo, me parece demasiado..., pero la curiosidad puede más... Nadie responde, sí la vecina, la que me informa que la casa sigue siendo de ella y su familia, que suelen venir los fines de semana y que posiblemente más tarde estén por acá. Le dejo un recado con mi nombre, señalando cuándo nos conocimos y que estoy parando en el hotel por esta noche.

Me alejo de su casa con una satisfacción que hace mucho tiempo no sentía. Cómo puede ser que a esta altura de mi vida me pueda sentir así tan..., tan feliz con tan poco... Por qué no, aceptalo, feliz por un reencuentro con mi pasado... O es la vana alegría de olvidarme por un rato de que tengo cincuenta y cuatro años... Me lo pregunto como si no hubiese hecho nada hasta hoy: a ver, repasemos lo que hice..., me recibí, desarrollé mi profesión, estoy bien conceptuado por mis colegas, tengo una buena posición económica, ¿qué más?... Viví, viajé, tuve varias parejas... ¿Cuántas?..., no sé, qué importancia tiene. ¿Qué cosas no logré?... Si no faltase algo no sería humano... Hijos..., últimamente pienso en ello. ¿Por qué siempre tuve este interminable deseo de buscar otra mujer? ¿Acaso no me enamoré? Si, pero a decir verdad, me enamoré de quienes no me correspondieron... ¿Qué paradoja, no? Y la primera de ellas fue Soledad.

Dejo de meditar por un rato. Voy al hotel, me ducho, me cambio y salgo a cenar. El mozo del restaurante me cuenta algunos sucesos del balneario de los últimos tiempos, lo que sumado al vino que acompaña mi comida, hace que mis pensamientos sean más triviales.

Así, después de cenar, me encamino hacia el hotel. Pensaba en Soledad y en la pequeña ilusión de que allí haya dejado algún mensaje, cuando escucho, detrás de mí, los pasos de una persona. Al girar la cabeza, veo la figura de una mujer, que camina en mi misma dirección y que lentamente se acerca...Sigo caminando, tratando de fijar en mi mente los rasgos que recuerdo de ella...,al cabo de unos segundos no soporto la incertidumbre, me doy vuelta y al mirarla su rostro me impacta...Tiene que ser ella, mi corazón comienza a latir fuerte y espero que lentamente se acerque...Sus ojos me miran, los míos están fijos en los de ella...Estoy sordo a cualquier ruido, solo escucho el latir de mi corazón...Me sigue mirando, me sonrío y con cada segundo que pasa, estoy más seguro de que la encontré. La recibo diciéndole:

-Al fin te vuelvo a ver Soledad- mis latidos cesan y puedo escuchar su suave voz diciéndome:

-Más que soledad, te puedo ofrecer mi compañía por cuatrocientos pesos.

Treinta minutos

Los primeros días del año nuevo, 2212, me encontraron sobreexcitado y no era para menos, había decidido probar el último gran avance de la ciencia: reencontrarme con mi padre. Esto no tendría nada de especial a menos que aclare que murió hace quince años. Treinta minutos de encuentro real, no virtual, con la persona fallecida que uno quisiera. Increíble pero cierto, parece que para el siglo veintitrés no hay imposibles.

Ya me encuentro en la empresa que posibilita los novedosos reencuentros. Estoy solo, en una amplia y cálida habitación, con muchas plantas, con mucho verde, a la espera de la hora señalada. Un reloj con cuenta regresiva me indica cuánto falta: Veintinueve minutos con diez segundos. ¿Por qué me obligan a tener en soledad esta larga previa?... ¿Pensar y repensar bien? Si, el encuentro no es uno cualquiera. Además es corto e irrepetible, las condiciones técnicas así lo define. Pues pensemos entonces... ¿Quién no tiene alguna pregunta pendiente con su padre, alguna perla perdida en los laberintos de la vida?...Otros utilizarán el encuentro solo para abrazarse y llorar.... ¿Por qué elijo a mi padre y no a mi madre?, visto y considerando que ambos han fallecido. Él era el que dirigía la familia, el referente, casi podría decir el patriarca. “Preguntale a tu padre” decía la vieja cuando le hacíamos un pedido sabiendo de su mayor flexibilidad, aunque excediese su “territorio”. Hablo en plural porque incluyo también a mi hermana... ¿Cuánto hace que no la veo a ella?..., dos o tres años. Seguro que mi padre me va preguntar por qué paso tanto tiempo sin verla...Pero ¿voy a gastar esos preciosos minutos de nuestro encuentro respondiendo a sus preguntas? No, esta vez voy a ser yo el que pregunte y él va a responder, quizás sea la primera ocasión en que voy a dirigir la conversación..., tantos años estuvo dirigiendo la familia como si fuese la empresa..., sí, su empresa, la que manejo por treinta años. Será posible que ya me esté descontrolando,

como antes, como siempre..., como si estos quince años que pasaron hayan sido en vano, como si nuestra relación se hubiese mantenido congelada...Lo que no se habla se congela.... El reloj indica quince minutos para el encuentro, no puedo verlo en este estado, con esta bronca...Suspendamos.

-Señorita- dirigiéndome al intercomunicador - por favor, tenemos que suspender el encuentro.

-Señor, el proceso ya está en marcha, no se puede evitar, ni frenar. Lo único que puede hacer es irse. ¿Pero va a hacer eso y dejar solo a su ser querido?

-No, no puedo dejarlo solo-

”Ser querido”, qué mezcla tan extraña siento, cómo pueden entrelazarse los sentimientos de esta forma...Él que fue mi guía por tanto tiempo y yo que seguí sus pasos, hasta ese día..., cuando eligió a mi hermana para que quede al frente de la empresa...Cómo pudo hacerme eso...Si yo era el mayor, el que siempre tuvo la obligación de ayudarla, de protegerla... ¿Por qué la prefirió a ella?...Siempre la eligió a ella. ¿Qué lleva a un padre a preferir a un hijo sobre otro?... ¿Qué lo hace más querible?... ¿Qué lo atrapa de tal manera que ya no lo suelta más y haga lo que haga seguirá siendo el elegido? Su sonrisa de bebé..., o su mirada o fue el sexo lo que definió la preferencia. La debilidad de los padres ante las hijas mujeres...

(El reloj marca dos minutos para el encuentro) O ya desde la concepción se jugó la preferencia. Desde el momento en que eligieron nuestros nombres... ¿Qué significan esos nombres? Por qué yo, Esteban y ella Flavia...¿Quiénes eran?... ¿Qué representaban para mis padres?..., acaso mi nombre era algo así como un “modelo” que mis padres querían para mí..., en el que quizás yo no encajé..., o por el contrario, cumplí demasiado bien...

La cuenta regresiva llega a su fin..., cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno....

La puerta se abre..., y quizás, esta vez, treinta minutos sean mucho más que media hora.

